



### La presencia obnubilante del populismo

#### The Beclouding Presence of Populism

Sebastián BARROS<sup>1</sup>

*Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, CONICET, Argentina.*

#### RESUMEN

A partir de examinar la clave interpretativa de José Aricó sobre la necesidad de repensar la presencia obnubilante de los populismos en América Latina, este trabajo analiza la forma en que ha sido pensada la constitución de un sujeto popular en los estudios sobre los orígenes del peronismo en Argentina. Se propone entonces pensar que un estudio del carácter del populismo supone indagar sobre la naturaleza política de la crisis de la distribución de lugares sociales, desplazando otras explicaciones que pierden de vista la especificidad y la singularidad de la experiencia latinoamericana.

**Palabras clave:** José Aricó, América Latina, peronismo, crisis de deferencia.

#### ABSTRACT

This article examines José Aricó's critical appraisal about the need to rethink the beclouding presence of populism in Latin America. This article analyses the way in which the constitution of a popular political subject has been conceived in studies about the origins of Peronism in Argentina. It proposes that studying the character of populism implies investigating the political nature of the crisis in distributing social places, displacing other explanations that lose sight of the specificity and singularity of the Latin American political experience.

**Keywords:** José Aricó, Latin America, Peronism, deference crisis

1 Una versión previa y ligeramente distinta de este trabajo fue presentada en las Jornadas Internacionales José María Aricó, Universidad Nacional de Córdoba, Ciudad de Córdoba, 27-29 de septiembre de 2011.

El trabajo de José Aricó sobre Marx y América Latina identifica una serie de problemas que atraviesan buena parte del recorrido de las ciencias sociales y las humanidades de la región. La lectura a contrapelo de Marx que llevó adelante Aricó concluyó con una serie de señalamientos que tienen una actualidad sorprendente treinta años después de escritos. Adelantando en parte el argumento que se presentará en este artículo, puede decirse que Aricó se preguntó por la forma en que se puede concebir la constitución de un sujeto popular en América Latina, desprendiéndose de los prejuicios a los que inducen ciertas maneras de pensar a los procesos sociopolíticos como dirigidos por algún tipo de legalidad histórica a la que se debe necesariamente adherir, so pena de transformación en “pueblos sin historia”. En oposición a estas maneras de análisis, Aricó propuso “introducir un nuevo punto de partida, una nueva perspectiva ‘desde abajo’ de los procesos históricos”<sup>2</sup>.

La clave interpretativa de la lectura de Aricó sobre Marx y América Latina resalta lo que él denomina un “soslayamiento prejuicioso”. Luego de descartar otras explicaciones posibles sobre los problemas de la lectura marxiana, Aricó concluye que fue un prejuicio político aquello que impidió a Marx poder reconocer en su especificidad la política latinoamericana. Marx rehusó “conceder espesor histórico” a las configuraciones singulares que adoptó la constitución del Estado nacional en dicho subcontinente y, concomitantemente, les atribuyó un carácter “arbitrario, absurdo e irracional”<sup>3</sup>. Este prejuicio se apoyaba, según Aricó, en el rechazo de Marx al postulado hegeliano “que coloca al Estado como instancia productora de la sociedad civil”<sup>4</sup>. En lugar de tratar de entender la singularidad de los procesos políticos latinoamericanos Marx los descartó de plano, reflatando “ciertos aromas ideológicos” hegelianos. Esto llevó a que se desprenda de la lectura marxiana una consideración de los pueblos latinoamericanos “como conglomerados humanos carentes de potencialidad propia”<sup>5</sup>.

Ahora bien, lógicamente este problema implicaba dos niveles posibles de análisis. Una posibilidad era detenerse en un nivel que trataba de dilucidar cómo el capitalismo empujaría a esos pueblos sin historia a la historia. El otro nivel de análisis posible apuntaba directamente a una discusión sobre “el fantasma de la irracionalidad o la positividad de la historia”<sup>6</sup>. Aricó señala muy bien que esta discusión sobre la irracionalidad “no pertenece exclusivamente al pensamiento marxiano sino que constituye la línea dominante del pensamiento occidental” y es “la búsqueda de una legalidad histórica de los procesos sociales”<sup>7</sup>. Pensar en una legalidad histórica significa poder reconocer las leyes que determinan el desarrollo de los procesos históricos, sea el mismo pensado como el despliegue de la Idea o el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto asume además la pretendida racionalidad de esa legalidad frente a la irracionalidad de todo aquello que se distancie de la linealidad determinada por la ley. La crítica de Marx a Hegel pasa por la diferencia tajante entre dos legalidades, ideal y material, pero no se desprende de esa impronta del pensamiento occidental. Por lo tanto, la crítica marxiana a Hegel puede ser dirigida al propio Marx y a su lectura de América Latina.

Dice Marx en relación a Hegel: “Los sujetos reales (...) se convierten en meros *nombres* de la Idea y el conocimiento real es sustituido por su mera apariencia; en vez de ser comprendidos en su

2 ARICÓ, J (1988). *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Catálogos Editora, p. 141.

3 ARICÓ, J (1983). “Marx y América Latina”, *Nueva Sociedad*, n° 66, mayo-junio, p. 73.

4 *Ibid.*, p. 81.

5 *Ibidem*.

6 ARICÓ, J (1988). *Op. cit.*, p. 127.

7 *Ibidem*.

ser específico, como realidades concretas que son, permanecen impenetrables”<sup>8</sup>. Esto es precisamente lo que señala Aricó en relación al propio Marx. Marx no puede comprender “en su ser específico”, como una realidad concreta, la singularidad de América Latina. Los sujetos reales que Marx reclama a Hegel no existen para él en América Latina. Lo que sí existe allí es la arbitrariedad de un liderazgo autoritario, la irracionalidad, la falta de voluntad, la incapacidad para el esfuerzo de largo aliento, etc. Básicamente Marx encuentra, más allá de lo acertado o no de su descripción, una inestabilidad política endémica debida a una población naturalmente no preparada para el autogobierno. El desprecio de Marx por Bolívar conlleva una actitud similar a la que tiene Hegel en relación a uno de los obstáculos para la realización institucional (Constitucional) de la Idea: el pueblo desaforado.

La noción de pueblo es central para la política moderna y el tratamiento que se le da en la crítica de Marx a Hegel puede ayudar a orientar la indagación “desde abajo” que propone Aricó para reencontrar el filón democrático y popular del marxismo y poder dar cuenta de la singularidad de los procesos políticos de América Latina.

La noción de pueblo desaforado implica la idea de un sujeto que no cabe en el despliegue de una legalidad histórica que es descrita como racional. En el caso de Hegel, el pueblo desaforado es aquel que reclama una soberanía por oposición a la soberanía presente en el monarca. En el caso de Marx, pueblo desaforado sería, ya que él no utiliza estos términos, aquel que no logra constituirse como un sujeto genérico a partir de la toma de conciencia de su papel en la historia y, por el contrario, es forzosamente constituido desde arriba por un Estado arbitrario cuyo desprecio encarna la figura de Bolívar. En ambos casos hay un suplemento que resiste su integración a esquemas racionales que, por su parte, no hacen lugar a procesos que no encajan en las lógicas de esa racionalidad. Es por eso que Aricó se permite proponer la búsqueda de la perspectiva política desde la cual Marx analiza distintos procesos históricos, sin pensar en esquemas teóricos definidos, sino en “*opciones estratégicas* consideradas como favorables a la revolución”<sup>9</sup>. Esto supone romper con los presupuestos abstractos y formales que implica el despliegue de una legalidad histórica y “abrirse a una perspectiva micrológica y fragmentaria”<sup>10</sup> que permita cuestionar, la “memoria de los sin nombre” en “una historia que en la conciencia burguesa es siempre el cortejo triunfal de los vencedores”<sup>11</sup>.

## LA PRESENCIA OBNUBILANTE

De estos prejuicios políticos de Marx se desprende que la singularidad latinoamericana no pudo ser comprendida por el movimiento socialista, no por el eurocentrismo marxiano, sino por su propio carácter singular. Esa singularidad obnubiló la mirada del movimiento socialista que heredó ese prejuicio político con profundas raíces en el pensamiento occidental. Y la obnubiló especialmente en relación a “los fenómenos de populismo que caracterizan la historia de nuestros países en el siglo XX”<sup>12</sup>. Como se argumentará a continuación, no fue sólo el movimiento socialista el que se vio afectado por esta obnubilación, sino que la literatura canónica sobre los populismos también sufrió ciertas limitaciones historiográficas por esa razón.

8 MARX, K (2002). *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, p. 78.

9 ARICÓ, J (1983). *Op.cit.*, p. 82.

10 *Ibid.*, p. 82.

11 *Ibid.*, p. 86.

12 ARICÓ, J (1988). *Op. cit.*, pp. 140-141.

En resumidas cuentas, dos son las conclusiones que se pueden desprender del examen de Aricó sobre la construcción de una subjetividad popular en América Latina. En primer lugar, la perspectiva desde abajo de los procesos históricos implica una mirada micrológica y fragmentaria de la constitución de un sujeto popular. Segundo, esta perspectiva debe asumir que los procesos de constitución y fragmentación del pueblo no siguen la linealidad lógica que supone el despliegue de una legalidad histórica, sino que son procesos contingentes. Como se dijo al principio, la propuesta de Aricó no deja de sorprender por su actualidad para América Latina, más de treinta años después de su publicación original, cuando brega por

(...) introducir un nuevo punto de partida, una nueva perspectiva 'desde abajo' de los procesos históricos, en los que la consideración de las masas populares, de sus movimientos de constitución y de fragmentación, de sus formas expresivas, de sus vinculaciones con las élites intelectuales o políticas, de su homogeneidad interna, de sus mitos y valores, de su grado de supe-  
ditación o autonomía<sup>13</sup>.

El tratamiento que han recibido los procesos de identificación política que culminaron en el peronismo permite retomar la premisa de Aricó sobre la manera en que fue analizada la presencia obnubilante de los populismos. En especial cuando se toma esa premisa para examinar el lugar que ocuparon y el papel que se les adjudicó a los sectores populares en algunos textos canónicos sobre los orígenes del peronismo. El autor de uno de ellos, quizás "el más canónico", Gino Germani, planteaba casi la contra cara de lo que proponía Aricó en la premisa descripta más arriba. Muy resumidamente, el argumento de Germani se sostiene sobre dos presupuestos que luego perduraron en la literatura sobre los orígenes del peronismo que le siguieron. El primer presupuesto implica la existencia de un vínculo carismático entre líder y masa. El segundo, distingue dentro de la masa a sectores que ponen en juego ciertas dosis de realismo en sus decisiones políticas<sup>14</sup>. La particular combinación de estos dos presupuestos, producto del rápido proceso de modernización, marca el contraste que encontraba Germani entre la experiencia histórica europea y latinoamericana. La existencia de un liderazgo carismático se apartaba de la línea trazada por el modelo de desarrollo histórico europeo y era percibida como una desviación patológica. Hay en el argumento de Germani una linealidad histórica que asume como una legalidad desplegada la experiencia europea de movilización de los sectores populares. El peronismo era analizado como una patología de esa linealidad racional de incorporación de las masas a la participación en política. Al mismo tiempo, este vínculo carismático atribuido a "los sectores más tradicionales de la clase baja" se complementaba con el realismo de otros sectores de trabajadores menos tradicionales y, por lo tanto, más progresistas. El análisis realista de estos trabajadores estaba vinculado a los beneficios objetivos que obtenían del gobierno del cual Perón formaba parte.

Estos dos presupuestos son importantes porque sostenían la clasificación de Germani que distingue entre nueva y vieja clase obrera.

Una gran masa de trabajadores rurales y pueblerinos, pequeños granjeros, arrendatarios en su mayoría, pequeños artesanos, pequeños comerciantes, bajos empleados y dependientes

13 *Ibid.*, p. 141. Para una detenida y precisa valoración de la actualidad del pensamiento de José Aricó puede verse la introducción de Horacio Crespo a una nueva edición de este texto, "El marxismo latinoamericano de Aricó. La búsqueda de la autonomía de lo político en la *falla* de Marx", in: ARICÓ, J (2010). *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

14 GERMANI, G (1971). *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, pp. 85-110.

de tienda, y los desocupados endémicos de las provincias subdesarrolladas se convirtieron en trabajadores de la industria en las grandes ciudades y en la zona de Buenos Aires, produciendo el impacto habitual en la vivienda y en las condiciones sociales generales y probablemente menor productividad que los trabajadores urbanos anteriores, desorganización personal y familiar, mayor aislamiento, mayor alienación y una menor propensión a participar en asociaciones voluntarias, menor racionalidad en el comportamiento económico, etcétera<sup>15</sup>.

Esta distinción marcó las discusiones posteriores sobre los orígenes del peronismo y sus presupuestos obnubilaron –para retomar la frase de Aricó– los estudios sobre los orígenes del peronismo.

El problema de la distinción entre obreros nuevos y viejos en los orígenes del peronismo aparecía identificado con claridad en el análisis de Murmis y Portantiero, publicado originalmente en 1969 y 1970. En su revisión del papel del movimiento obrero en los orígenes del peronismo estos autores pusieron en duda las conclusiones de la clasificación de Germani. De ella se desprendían ciertos rasgos distintivos de los sectores nuevos, como lo marca la anterior cita de Germani, y de los sectores viejos, que como bien marcan Murmis y Portantiero eran para este enfoque “aquellos que propiamente deben ser considerados como obreros”, trabajadores en su mayoría europeos formados en la experiencia de la disciplina del trabajo industrial<sup>16</sup>. De esta clasificación se derivaban, entonces, ciertas orientaciones en la conducta que serían centrales para luego poder entender y explicar la forma que adquirió la participación política de los sectores populares en el peronismo. La distinción más relevante en relación a la actitud política de estos sectores era aquella entre tendencias a la acción autónoma y heterónoma. La heteronomía implicaba que estos sectores eran manipulados en base a satisfacciones de tipo emotivo<sup>17</sup>. Si existió algún tipo de intereses en estos sectores populares recién incorporados a la política, eran intereses inmediatos, de corto plazo y, sobre todo, individualistas. El comportamiento de estos nuevos actores estaría motivado “por su oscilación entre dos polos de exigencias: por un lado, la necesidad de participación afectiva en un orden social; por el otro, la urgencia de resolver problemas más inmediatos”<sup>18</sup>. La heteronomía y la inmediatez, basadas en la necesidad emotiva y fisiológica, se sumaban a la carencia de un marco normativo derivado de la rapidez de las transformaciones estructurales<sup>19</sup>. Esto tenía como efecto el extrañamiento de una racionalidad a mediano y largo plazo que dejaba abierta la puerta a la pasividad política y funcionaba como condición del carisma y la demagogia. El carisma satisfacía la necesidad emotiva mientras la demagogia jugaba políticamente con las necesidades fisiológicas.

Posicionándose críticamente frente a esas posturas, Murmis y Portantiero se abocaron a “poner en duda los supuestos que parecen más obvios como explicación eficiente del proceso de configuración de un movimiento nacional popular en las condiciones propias de la Argentina al promediar la década del 40”<sup>20</sup>. Desde su punto de vista, la distinción entre nueva y vieja clase obrera no alcanzaba a dilucidar el hecho fundamental de su unidad en tanto “sector social sometido a un proceso de

15 *Ibid.*, pp. 116-117.

16 MURMIS, M & PORTANTIERO, JC (1987). *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 60.

17 *Ibid.*, p. 62.

18 *Ibid.*, p. 66.

19 La explicación de Germani hace especial hincapié en la rapidez del proceso modernizador y sus efectos dislocatorios sobre las conductas y actitudes de los grupos sociales. Véase GERMANI, G (1962). *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, pp. 130-144.

20 MURMIS, M & PORTANTIERO, JC (1987). *Op. cit.*, p. 64.

acumulación capitalista sin distribución del ingreso, durante el proceso de industrialización bajo control conservador que tiene lugar durante la década del 30<sup>21</sup>. Esa unidad de clase es lo que, según Murmis y Portantiero, otorgó racionalidad a ese sector, cuyo comportamiento ya no fue analizado como resultado de las necesidades fisiológicas o afectivas, sino como efecto de una racionalidad de clase que operaba tanto en la nueva como en la vieja clase obrera.

Como puede percibirse, Murmis y Portantiero rompieron con el despliegue de una legalidad inmanente vinculada a la experiencia europea. En estos autores, el sujeto popular no estaba intrínsecamente limitado en sus aspiraciones por las transformaciones de la estructuralidad de la vida comunitaria como en el análisis de Germani, sino que dicha estructuralidad funcionaba como condición de posibilidad para la aparición de una nueva articulación de intereses de clase que se anudaba en el movimiento peronista. El aspecto carismático del vínculo político peronista era desplazado en el análisis de Murmis y Portantiero en beneficio de la racionalidad de clase que unificaría los intereses de los trabajadores más allá de ser viejos o nuevos obreros.

### **IDENTIDAD POLÍTICA Y RACIONALIDAD**

Uno de los autores que sin duda ha marcado a la historiografía sobre la adhesión de los trabajadores al peronismo es Juan Carlos Torre. Este autor rescata la manera en que Murmis y Portantiero rehabilitaron a un “actor largamente suprimido” en los estudios sobre los orígenes de este movimiento político, la vieja guardia sindical, mostrando su relevancia en “la operación política que consolidó en el poder a la nueva elite militar encabezada por el coronel Perón”<sup>22</sup>. Una elite que conscientemente procuraba “darse una base de apoyo social apelando a la movilización de los sectores populares”<sup>23</sup>. Torre apunta así a analizar “la forma que toma la articulación de ese apoyo de masas”. La experiencia argentina en este sentido era la de un movimiento popular ligado “a una dirección política externa pero basado en los sindicatos”. Por lo tanto, Torre considera importante “la intervención que le cupo a los cuadros del viejo sindicalismo argentino en la canalización y la organización de las bases populares del peronismo”<sup>24</sup>. El estudio de Murmis y Portantiero vendría así a llenar un bache explicativo en la historiografía sobre este movimiento político, ya que, como se dijo, muestran que tanto los obreros viejos como los nuevos pertenecían a un mismo sector social sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso. El apoyo inicial del sindicalismo a lo que luego sería el peronismo tendría su origen en el balance entre “las reivindicaciones tradicionales del sindicalismo y la satisfacción de las mismas a través de medidas oficiales”<sup>25</sup>.

Ahora bien, para Torre esto es problemático puesto que al poner énfasis en la racionalidad del comportamiento obrero se perdía una dimensión del análisis que de algún modo estaba presente en la interpretación tradicional: “la constitución de nuevas identidades colectivas populares”<sup>26</sup>. Murmis y Portantiero desplazaban el foco de atención desde la política al campo de la lucha social entre inte-

21 *Ibid.*, p. 76.

22 TORRE, JC (1990). *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, p. 13.

23 TORRE, JC (1999). “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, In: MOIRA MACKINNON & PETRONE, MA (Comp.) (1999). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Centenaria*, Buenos Aires, Eudeba, p. 173.

24 *Ibidem*.

25 MURMIS, M & PORTANTIERO, JC (1987). *Op. cit.*, p. 100.

26 TORRE, JC (1999). *Op. cit.*, p. 175.

reses de clase. Torre plantea la necesidad de ampliar y precisar mejor el concepto de racionalidad que Murmis y Portantiero tomaron como maximización clasista de beneficios. Dice Torre, "Si es el cálculo de utilidad es el que preside el acercamiento inicial a Perón, este se resuelve, muy pronto, en una identificación política directa". Propone entonces una alternativa ya que para él, "el criterio de racionalidad es otro, el reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras". Así se volvería la discusión a la esfera de la acción política, que dejaría de ser pensada como un medio para maximizar ventajas materiales pre-existentes, para ser pensada como "un fin en sí mismo, cual es la consolidación de la identidad política colectiva de los sujetos implicados"<sup>27</sup>. Dicha consolidación se logró a partir de la referencia a Perón como principio de unificación política de los trabajadores, lo que dispara el interrogante de Torre sobre los mecanismos, distintos del interés de clase, por los cuales operó la lógica de esta representación.

Es por esto que para Torre, además de hablar de reivindicaciones económicas insatisfechas, "se debe subrayar también la existencia de la alienación política de las masas en un orden social excluyente" durante la década precedente<sup>28</sup>. Coincidiendo con la postura de Germani sobre la importancia de reparar la falta de flexibilidad del sistema político durante la década del 30<sup>29</sup>, Torre dirige su atención al "estado de marginalidad política de los sectores laborales y de la modalidad de su acceso a la ciudadanía"<sup>30</sup>. Según él, el impulso modernizador conservador estuvo acompañado de una crisis de participación en el marco de una sociedad que se transformó reforzando un orden excluyente. Dicho impulso supuso cambios estructurales importantes y se caracterizó principalmente por el proceso de movilización social que tuvo como efecto "la quiebra de la *deferencia* tradicional y el aumento de las expectativas"<sup>31</sup>. La quiebra de la deferencia es definida por Torre como "el fin de la aceptación del lugar que en un sistema normativo o en un orden hegemónico tienen los actores sociales involucrados"<sup>32</sup>. El punto central de su argumento es que la crisis de deferencia supone tomar para el análisis un criterio de racionalidad diferente a la racionalidad instrumental de clase. Un criterio de racionalidad que serviría como un criterio explicativo que se distanciaría de la evaluación de costos y beneficios que supone la instrumentalidad. El reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas tendría entonces su momento inicial en la transformación de la distribución de los lugares sociales que determina cierto orden hegemónico. La quiebra de la deferencia mostraría la dislocación de esos lugares por parte de los sectores populares, frente a sectores dominantes que están "más ávidos de preservar sus privilegios", es decir de mantener ese lugar deferente, "que de avanzar sus intereses económicos"<sup>33</sup>.

Se podría plantear esto en términos apenas diferentes. Lo que percibe Torre puede ser descrito en términos de la constitución de identidades políticas y adelanta la discusión que se dará en la próxima sección del trabajo. La identidad de la masa obrera peronista se definió precisamente en re-

27 *Ibid.*, p. 176.

28 *Ibidem*.

29 GERMANI, G (1971). *Op. cit.*, p. 118. En septiembre de 1930 se produjo en la Argentina el golpe militar que terminó con la segunda presidencia de Yrigoyen y catorce años de gobierno del Partido Radical. Entre 1930 y 1946 el sistema político se caracterizó por el fraude electoral y la represión a partidos y grupos opositores.

30 *Ibid.*, p. 176-177.

31 *Ibid.*, p. 179. Véase también MOIRA MACKINNON, M (1996). "La Primavera de los Pueblos. La movilización popular en las provincias más tradicionales en los orígenes del peronismo", *Estudios Sociales*, n°. 10.

32 *Ibid.*, p. 179.

33 *Ibid.*, pp. 182-183.

lación al rechazo de los lugares que cada uno de los grupos ocupaba en la vida comunitaria y a la capacidad legítima que les competía para ocupar esos lugares. En torno a esto gira la crítica de Torre a Murmis y Portantiero. Torre muestra que una explicación del lugar que ocupan los sectores populares en relación al peronismo debe tener en cuenta además de la racionalidad instrumental en términos de maximización de beneficios económicos, la distribución de lugares sociales que, siguiendo a Thompson, denomina crisis de deferencia.

### **CRISIS DE DEFERENCIA Y RACIONALIDAD**

Torre analiza con una claridad envidiable los puntos débiles de las explicaciones de los orígenes del peronismo que continúan, críticamente o no, los análisis de Germani. Su trabajo con distintas fuentes le permite acercarse al fenómeno de manera diferente. Entrevistas y documentos sindicales le ayudan a Torre a entrever una lógica en los procesos que analiza que hasta ese momento se encontraba ausente, poniendo el foco de la historiografía sobre el peronismo en un punto que, como reclamaba Aricó, es central: el análisis de la constitución de un sujeto popular.

¿Cómo percibe Torre la constitución de un sujeto popular? La vertiente de la que surge ese sujeto popular complejo es “la doble vertiente de la exclusión del orden político y de la inserción en el núcleo dinámico del desarrollo la que interviene para dar su complejidad y su fuerza al movimiento popular y obrero”<sup>34</sup>.

Una vertiente hace a la inserción de ese sujeto en el “núcleo dinámico del desarrollo”. Allí prima una racionalidad instrumental que culmina en la “peronización” de ese sujeto popular ante los beneficios objetivos que logra con la tarea de Perón al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. La otra vertiente hace a la exclusión del orden político anterior. Lo que se pone en juego aquí es un sujeto popular caracterizado por la no-aceptación del lugar que ese orden político le otorgaba. Allí prima la crisis de la deferencia que supuso la constitución de una identidad política con un carácter específico que le otorga coherencia y solidaridad a las masas obreras: “el fin de la aceptación del lugar” en el orden hegemónico vigente. La crisis de deferencia es de este modo una crisis identitaria provocada por un sujeto que se desplaza del lugar legítimo que ocupaba en la definición del espacio hegemónico vigente. Torre complejiza así el análisis de los orígenes del peronismo mostrando la manera en que ese sujeto popular no actúa en base a simples percepciones sensoriales o fisiológicas, que lo llevan a seguir ciegamente a un líder carismático, sino que evalúa su apoyo a Perón y reconoce la desestructuración de los lugares sociales que la acción del entonces Coronel provocaba.

Sin embargo, su análisis encuentra un límite en el tratamiento que le da a la constitución de una identidad. El problema que surge del análisis de Torre está relacionado con los supuestos germanianos que se destacaron antes, el carisma y el realismo, que siguen acosando en cierto modo a los estudios sobre los orígenes del peronismo. En Torre el carisma como explicación de ciertas conductas es reemplazado por la crisis de deferencia, mientras que se reelabora el realismo en términos del oportunismo de clase. El espectro de Germani aparece además junto a una legalidad histórica ligada a la experiencia europea que Torre retoma de Touraine, legalidad que estará vinculada a la institucionalidad.

Torre en parte repite el argumento que criticaba en Murmis y Portantiero porque nunca abandona el criterio de racionalidad instrumental, incluso en el momento de pensar la constitución de una

34 *Ibid.*, p. 181.

identidad. Acierta cuando dice que el proceso identitario implica el reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas, pero vuelve a la racionalidad instrumental cuando argumenta que “la acción política deviene, no un medio para aumentar las ventajas materiales de acuerdo a intereses preexistentes, sino un fin en sí mismo, cual es la consolidación de la identidad política colectiva de los sujetos implicados”<sup>35</sup>. La instrumentalidad sigue presente en tanto la acción política es un medio para ese fin en sí mismo que es la identidad. Ahora bien, las identidades nunca son un fin en sí mismo sino que son fijaciones parciales de sentidos y significados que se van generando en la relación y articulación con otras identidades. Esto es importante reconocerlo porque implica una manera distinta de encarar una discusión que se dio en los debates académicos y políticos que tenían como tema el populismo de mediados del siglo XX, pero también sobre los populismos contemporáneos. El carácter relacional de toda identidad muestra que la discusión sobre la autonomía o heteronomía del movimiento obrero –en el caso peronista– o de los sectores populares –en otros casos– no tiene mucho sentido. El carácter relacional de toda identidad hace que la lógica de representación de una identidad sea siempre heterónoma: los principios de su constitución nunca pueden estar plenamente presentes en sí misma de forma aislada<sup>36</sup>. Ninguna identidad puede darse un significado autónomamente sino que ella depende siempre de su articulación con otras identidades<sup>37</sup>. En este sentido, Torre abandona la instrumentalidad en relación a las ventajas materiales de acuerdo a intereses de clase, en pos de una racionalidad instrumental que tiende al fin de mantener una identidad.

Esta forma de entender la constitución de una identidad política genera un segundo problema en el argumento de Torre, quien toma un camino que aparta su mirada de lo identitario para concentrarse en un análisis más bien institucional. Para Torre la constitución de una identidad en tanto trabajadores de los sectores populares debió haber pasado por la institucionalización y encauzamiento en sindicatos autónomos, antes que por identificaciones parciales y/o articulaciones políticas con otros elementos presentes en la formación política de esa época. Partiendo de la constatación de “un nuevo movimiento social que no alcanza a constituirse (encabezado por los militantes comunistas), trabado por las restricciones de una dominación arcaizante y un sistema político cerrado”<sup>38</sup> no se mueve en dirección al análisis de la forma que tomará la identidad peronista, desde abajo como acertadamente reclamaba Aricó, sino que decide mirar hacia arriba, argumentando que el centro de gravedad político se desplaza hacia las élites dirigentes. Es en ese lugar, en el nivel del Estado, donde todo se juega, ya sea el reforzamiento del orden excluyente o la ampliación de la participación de los sectores populares. Argentina sería el caso de una sociedad gobernada por un orden autoritario y cerrado, en la que el movimiento popular no logra organizarse de forma directa y es la intervención del Estado, a través de una élite de nuevo tipo, que rompe con el cerramiento y destraba el sistema político abriendo las puertas a la participación popular. La formación del movimiento popular es así posterior a la ruptura que produce esa élite, lo que se traduce en la subordinación heterónoma del movimiento.

Este es el punto en el cual se desnuda el argumento de Torre en relación a la crisis de deferencia. Para él, el orden excluyente se encuentra en las barreras organizacionales e institucionales de la deferencia social. En otras palabras, la identidad en términos de cohesión y solidari-

35 *Ibid.*, p. 176, cursiva en el original.

36 ABOY CARLÉS, G (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, Argentina.

37 Para una revisión de la noción de articulación puede verse Ernesto LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una política democrática radical*, Madrid, Siglo XXI.

38 TORRE, JC (1999). *Op.cit.*, p. 185.

dad sólo puede sostenerse en tanto se institucionalice en algún tipo de encuadramiento autónomo. La deferencia pasa a un segundo plano de su análisis, que privilegia una idea de racionalidad instrumental aunque despojada del posicionamiento en términos de clase que le otorgaban Murmis y Portantiero. Torre no se desprende de esa instrumentalidad y por lo tanto su lectura de la forma en que se constituye la identidad política de los sectores populares, termina repitiendo el esquema explicativo de Murmis y Portantiero. La diferencia entre ambas perspectivas es que la racionalidad ahora no estará vinculada a las demandas insatisfechas de actores unidos por su condición de clase, sino que estará atada a una racionalidad institucional que se desvió de los procesos “normales” que se dieron en los países desarrollados.

### **VUELTA A MARX**

Se puede ahora volver a la discusión original con la que comenzaba este trabajo. En cierto sentido, los estudios sobre los orígenes del peronismo repiten el problema que Aricó encontraba en el enfoque marxista respecto a América Latina. Para Hegel, el Estado como realización del despliegue de la Idea constituya la sociedad civil como tal. La institucionalidad constituye la realidad y no viceversa. En consecuencia, para Hegel todo aquello que no se ajuste al despliegue de esta legalidad histórica de las instituciones es irracional. El pueblo desaforado es un ejemplo de dicha irracionalidad. Aricó encuentra que Marx hereda parte de este problema porque piensa una legalidad histórica invertida en el desarrollo de las fuerzas productivas y asume la necesidad de la emergencia de un sujeto universal de cambio. Así como Hegel identificaba un “pueblo desaforado”, para Marx todo sujeto que no se ajuste a dicha legalidad del desarrollo estructural es irracional. El lumpenproletariado y el rol político que cumple en el 18 Brumario es un ejemplo de ello.

En los estudios sobre los orígenes del peronismo se encuentran lógicas argumentativas similares. Para Germani el peronismo es una patología provocada por los rápidos procesos de modernización que llevan a que ciertos sectores de la clase obrera, los obreros nuevos, queden dislocados y disponibles para un liderazgo carismático. Mientras que otros sectores, los obreros viejos, se ven a su vez dislocados por la aparición de un líder que desde el Estado al que las organizaciones obreras enfrentaban satisfacía demandas largamente reclamadas. Murmis y Portantiero rompen con esta explicación mostrando “desde abajo” que los efectos de la situación estructural sobre la clase obrera superaba el clivaje que encontraba Germani entre obreros nuevos y viejos. Sin embargo, como señala Torre, esta mirada estaba apoyada principalmente en una racionalidad instrumental de clase que limitaba las explicaciones de estos autores.

Torre resalta la necesidad de pensar la constitución de un sujeto popular desde abajo, pero termina pensando el proceso de constitución de una identidad política desde arriba y en términos tan instrumentales como los autores que critica. Esto se debe a que sigue comparando la incorporación política de los sectores populares con la experiencia europea. Es decir, poner el acento en la instrumentalidad de la conducta le lleva a recaer en el despliegue de una legalidad histórica marcada por esa experiencia. La comparación en sí misma no es un problema, sino hasta que una de las partes comparadas se transforma en el baremo que separa lo racional de lo irracional en la historia. Siguiendo a Touraine, Torre explica que en América Latina se dio un proceso de democratización por vía autoritaria. Esto implica que el cambio político que se dispara con el surgimiento del peronismo no sigue la secuencia lógica (europea) que va desde las luchas sociales a las reformas institucionales sino que es motorizado por la ruptura de una elite estatal. Esto resalta el papel que cumplen en la articulación de los movimientos populares de América Latina los agentes externos a ellos. El caso (europeo) con el que se compara esta singularidad es el de una sociedad reformista en la que el movimiento excluido de la participación política es incluido por agentes políticos que procuran su reconocimiento. En este caso el movimiento popular no se somete totalmente a esos agentes y mantiene

una autonomía “que le viene de su arraigo en la sociedad”<sup>39</sup>. Es decir que los rasgos de uno de los casos devienen de la negación del otro con el que se compara. Es autoritario porque se promueve desde el Estado; no tiene arraigo en la sociedad por tanto es heterónomo. Hay un proceso que funciona como un baremo contra el cual se contrasta la experiencia latinoamericana. Ese baremo es el que otorga o quita racionalidad a los procesos históricos; racionalidad que se expresa en la autonomía de los sectores populares y el carácter democrático de los procesos políticos. Aquí se percibe claramente cómo el poner énfasis en la idea de racionalidad implica siempre el despliegue de una legalidad a seguir, de ese baremo que pasa de pretender ser una herramienta para dar una explicación a transformarse en la medida universal de la racionalidad o irracionalidad de un proceso histórico.

Cuando Torre decide mirar hacia arriba vuelve a Hegel. Vuelve al despliegue racional de las instituciones que canalizan la participación de los sectores populares en las democracias desarrolladas. La idea de un normal despliegue de la participación de ese sujeto popular, que se encausa racionalmente dada la lenta sedimentación de una tradición proletaria autónoma, no coincide con la experiencia obnubilante de los populismos. Pero se pierde así la posibilidad de tender un puente a la singularidad de América Latina de la que habla Aricó. Marx lo expone de manera precisa cuando critica a Hegel que “en vez de desarrollar su pensamiento partiendo del objeto, desarrolla el objeto a partir de un pensamiento consumado, que ya ha resuelto sus problemas en el abstracto ámbito de la ‘Lógica’”<sup>40</sup>. De forma similar, Torre desarrolla el objeto-sujeto popular a partir de un pensamiento consumado en la necesidad de instituciones que encaucen a ese pueblo desafortunado por la crisis de deferencia.

### **ALGUNAS REFLEXIONES FINALES**

Según lo argumentado entonces, para poder reconstruir desde abajo los procesos de constitución de un sujeto popular se debe comenzar por esa experiencia fragmentaria y contingente que señalaba Aricó. Este comienzo debe presuponer, además, que no existen legalidades históricas que se desplieguen autónomamente otorgándole racionalidad a los procesos sociales y políticos.

¿No es esa acaso la gran discusión a dar en la América Latina contemporánea? ¿Cómo pensar su singularidad? ¿Cómo escapar a los baremos racionales que se imponen desde lo *mainstream*? ¿No obnubilan esos baremos racionales la comprensión de la singularidad de la región? En el caso del populismo, y este trabajo se detuvo más específicamente en el peronismo, el comienzo de un análisis distinto debe ubicarse en la crisis de deferencia que señala Torre. Es profundizando en ella que se podrá evitar que la constitución de un sujeto popular singular obnuble.

La discusión sobre los orígenes del peronismo que propusimos hasta aquí nos remite a un conflicto en una dimensión que es anterior al despliegue de la racionalidad instrumental. Es un conflicto sobre la definición de quiénes pueden poner esa racionalidad en juego. La crisis de la deferencia no es simplemente una figura que presenta un sujeto que reclama en base a intereses o a carencias, sino un sujeto que se mueve en un espacio interrumpido por su propia presencia. La resistencia a ocupar un lugar provoca una dislocación del espacio social que interrumpe el orden hegemónico vigente. En otras palabras, la tarea más básica de un orden hegemónico no es simplemente la articulación de diferentes discursos, identidades, intereses, etc., que no tienen necesariamente algo en común. Un orden hegemónico implica también la definición misma de los elementos que legítimamente

39 *Ibid.*, p. 186.

40 MARX, K (2002). *Op. cit.*, p. 80.

pueden ser articulados. Esto significa que todo orden hegemónico supone la demarcación de qué discursos, identidades e intereses pueden ser considerados como sujetos portadores de la palabra que da forma a la comunidad. El populismo entonces es la forma de articulación política que pone en juego a esas identificaciones que surgen a partir de esa crisis de la deferencia que disloca la distribución de lugares sociales.

Como se dijo antes, la crisis de deferencia supone un sujeto que deja de aceptar el lugar que le toca en la distribución de lugares en la vida comunitaria. Esa distribución está vinculada a ciertas capacidades y funciones que hacen a la legitimidad de ocupar un lugar. La capacidad más elemental que se pone en juego es la capacidad de poner legítimamente el mundo en palabras. ¿Qué otra cosa reclamaba Aricó si no cuando proponía recuperar “la memoria de los sin nombre”? No tiene nombre aquel sujeto que no tiene palabra legítima en la estructuración de lugares en la comunidad.

En los orígenes del peronismo, y en general en toda articulación política populista, se encuentra precisamente este conflicto anterior al despliegue de la racionalidad instrumental. Es un conflicto sobre quiénes pueden ser considerados como *gente* para reclamar la palabra que da forma a la comunidad misma. Este reclamo de ser tratado como gente es sostenido por una fuerte presuposición de igualdad en algún tipo de capacidad. Dicha lógica igualitaria no tiene que ver con un criterio de igualación fruto de ciertas políticas públicas o de la provisión de servicios o del disfrute de nuevos derechos. La igualdad en cierta capacidad para reclamar la palabra implica un presupuesto de igualdad que tiene una serie de efectos que no han sido considerados acabadamente por la literatura canónica sobre los orígenes del peronismo o sobre otros procesos políticos que han sido catalogados como populistas. La constitución de un nuevo sujeto a partir de la articulación de este tipo de demandas genera una transformación en la estima de sí y de los demás, que se refleja en el efecto discursivo más relevante que dispara la constitución de un sujeto popular: la obligación de escuchar<sup>41</sup>.

La crisis de la deferencia es un síntoma del quiebre que provoca la aparición de un sujeto popular. El desarreglo de las jerarquías y los lugares sociales tiene en su origen un tipo de sujeto que se sale del lugar que le corresponde, que resiste ser fijado en un registro donde esa obligación de ser escuchado y de que su palabra sea estimada se pierdan. Esto no significa que el espacio que abre este sujeto, la brecha que abre en la vida comunitaria, sea un espacio para una comunicación más o menos distorsionada entre sujetos orientados al entendimiento. Por el contrario, la comunidad que crea un sujeto popular es una comunidad de litigio, partida en dos espacios caleidoscópicos que decantan una mirada, micrológica diría Aricó, de procesos de identificación superpuestos cuya nueva ubicación, de un lado u otro de la frontera que divide los espacios, es muchas veces lo único que los unifica de alguna manera.

Igualdad en la capacidad de poner el mundo en palabras y de esa manera reclamar intervención en la forma que adquiría la vida comunitaria; este es el exceso o la incontinencia populista al que, por ejemplo, hacen referencia Svampa<sup>42</sup> y Acha y Quiroga<sup>43</sup> en relación al peronismo. Exceso e incontinencia que dispararon la serie de adjetivos y sustantivos con los cuales sus orígenes han

41 Tomo esta idea de RANCIÈRE, J (2003). *El maestro ignorante*, Barcelona, Laertes.

42 SYAMPA, M (1994). *El dilema argentino: civilización y barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, Ediciones El Mundo por Asalto, p. 216.

43 OMAR ACHA, O & QUIROGA, N (2009). “La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 20, nº 2, Tel Aviv.

sido descritos por la literatura canónica: alienación política, heteronomía, oportunismo, adictos, dóciles, modestos, pasividad, sorpresa, clarividencia, estupor, temor, peligro, ansiedad, arcaico, amenazante, etc., son todas ellas formas de referirse a aquello a lo que esa literatura no le encuentra un lugar. Ese sujeto popular rebalsaba las categorías y modelos propuestos y provocaba tensiones al interior de los análisis mismos. Es un sujeto que es irrepresentable en los términos de la "normalidad democrática" que, de Germani en adelante, asumió la literatura canónica. No es representable en tanto su emergencia no puede formar parte de la comunidad legítima tal como era definida por el discurso dominante que articulaba el orden previo.

